

50

PREGUNTAS SOBRE LA FE

Publicado por

EUNSA

Versión interactiva

arguments

www.arguments.es

Jorge Miras y Tomás Trigo
(editores)

18

¿No es politeísmo creer en la Trinidad? ¿Qué es exactamente la Trinidad y cómo sabemos que existe?

El hambre de saber está inscrita en lo más hondo de la condición humana. Este afán de saber es inseparable de la búsqueda de sentido. El hombre experimenta que el sentido de la vida es algo que hay que encontrar. Es claro que si tuviéramos que inventar el sentido de nuestra vida, eso sería signo de que la vida no tiene sentido alguno. El ser humano es mendigo de la verdad y mendigo de sentido. Y por eso posee un innato sentido religioso. En efecto, la verdad y el sentido de la vida reclaman una visión del mundo unitaria, con un fundamento que en último término solo puede ser divino.

Por eso, desde que el hombre existe sobre la tierra ha buscado la verdad sobre Dios. Lo ha hecho no solo para satisfacer su hambre de conocer, sino sobre todo para hallar el sentido de su vida. «Nos creaste para ti, Señor, y nuestro corazón anda inquieto hasta que no descanse en ti» (*Confesiones*, I, 1). Esto es lo que Agustín de Hipona exclamó tras encontrarse con el verdadero Dios después de largos años de búsqueda.

Durante siglos, el ser humano ha buscado a Dios con los medios que tenía a su

alcance. A veces acudió a relatos ancestrales o a la enseñanza de líderes respetados. Más tarde siguió el arduo camino de la filosofía y sus argumentos. Todas las diversas religiones y filosofías han venido a ser como intentos humanos de alcanzar el cielo saltando desde la tierra. Esta búsqueda no carece de grandeza aunque sus logros sean limitados.

Nadie como Platón fue consciente de ello. El gran filósofo ateniense comparaba la búsqueda de la verdad con una navegación. Decía que, al principio, el ser humano busca la verdad con el conocimiento de lo que puede ver y oír. Después hay que aprender a emplear el razonamiento. Esta es la segunda navegación, la que realiza la filosofía. Es una singladura más ardua, en la que hay que avanzar con esfuerzo propio, sin la ayuda del viento de los sentidos. Sin embargo, Platón añoraba una tercera navegación:

«Habrà que agarrarse al mejor y más seguro de entre todos los razonamientos humanos y, sobre este, como sobre una balsa, afrontar el riego de una travesía sobre el mar de la vida; a menos que no se pueda hacer el viaje de un modo más seguro y con un riesgo menor sobre una

nave más sólida, es decir, teniendo confianza en una revelación divina» (*Fedón*, 85c).

Aunque Platón no llegó a saberlo, Dios ya había iniciado esa apertura hacia el ser humano en el pueblo de Israel.

Dios mismo ha salido a la búsqueda del hombre para manifestarle la verdad de su Ser y de su Amor. En la historia de Israel, quiso dejar bien grabado que existe un solo Dios y no muchos. Ese único Dios es el creador de todo lo que existe, un ser de santidad y grandeza incomparables, de sabiduría y poder infinitos, eterno, justo, fiel y misericordioso. A través del pueblo de Israel, Dios enseñó a la humanidad a adorar y amar a un único Dios verdadero. Pero Dios aún no había dado el último paso.

El punto culminante e insuperable de la revelación del misterio de Dios tuvo lugar en Jesucristo. Él es Dios verdadero hecho hombre por amor a todos los hombres, es Dios personalmente presente en este mundo. Jesús se reveló como el Hijo único del Padre, como aquel que existe desde siempre a su lado y es un solo Dios con Él. Así supimos que existe un único Dios verdadero, pero que es Padre y es Hijo. El Señor expresó con claridad que el Hijo es distinto del Padre pero que es un mismo Dios con Él.

A la vez que Jesús se revela a sí mismo como el Hijo y nos muestra la persona del Padre, nos habla también de otra persona, del Espíritu Santo, y nos promete su envío. El envío del Espíritu Santo a la Iglesia tuvo lugar el día de Pentecostés. Tenemos así a

un tercero, distinto del Padre y del Hijo, que es verdadero Dios como ellos.

Al mostrarnos la existencia de tres personas que son distintas, Jesús subrayó que no existe más que un solo Dios. El estricto monoteísmo que enseña el Antiguo Testamento ha quedado así totalmente confirmado en el Nuevo. Por tanto, los cristianos confesamos y adoramos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que son un solo Dios. Esta confesión de fe no es fruto de la especulación intelectual. No es algo que hayamos alcanzado por nuestro ingenio, sino como fruto de la autocomunicación del mismo Dios. Con toda su sabiduría, ningún filósofo llegó siquiera a acercarse a lo que sabe de Dios un niño de Primera Comunión que recita el Credo.

Durante muchos siglos el ser humano buscó a Dios, por así decir, como a tientes. Pero Dios, movido de su amor, ha buscado al hombre para abrirle la intimidad de su ser. Le ha llamado para hacerle partícipe de su propia vida íntima. Ha querido constituirlo en verdadero hijo suyo. La verdad de Dios es la verdad del Dios Uno y Trino y de su inconcebible amor por el hombre. Por esa infinita condescendencia, el cristiano que está en gracia vive inserto en el infinito amor trinitario como en su propio hogar, en profunda y verdadera intimidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que son un solo Dios. ■

Para saber más:

Catecismo de la Iglesia Católica,
232-260.

Juan Ignacio Ruiz Aldaz